

# Lo que el hombre puede hacer con el lenguaje: desde la teoría hacia la vida

60293



Leonor Gallego Arias  
Departamento de Filosofía  
Universidad de Caldas



*¿Cuál es -le dije- la función propia de un demonio?  
(pregunta Sócrates a Diotima).  
Interpreta y comunica a los dioses las cosas de los hombres  
y a los hombres las de los dioses (responde ella);  
súplicas y sacrificios de los unos y de los otros  
órdenes y recompensas por los sacrificios.  
Al estar en medio de unos y otros llena el espacio  
entre ambos de suerte que el todo queda unido consigo  
mismo como un continuo.  
A través de él funciona toda la adivinación y el arte de los sacerdotes  
relativa tanto a los sacrificios como a los ritos,  
ensalmos,  
toda clase de mánica y la magia.  
Platón. El Banquete. 202d-e.*

**S**i osamos afirmar que la contemporaneidad hay que entenderla en términos de lenguaje, que nadie puede negar que estamos en la era de las comunicaciones o, mejor, de la información, entendida como el más o menos afortunado cruce de un extremo a otro de grandes paquetes de información y que, a pesar de los avanzados y sofisticados medios electrónicos de comunicación, cuya aplicación técnica va dirigida hacia la liberación del

ph

Discusiones Filosóficas  
Departamento de Filosofía  
Universidad de Caldas  
No. 1. Enero - Junio del

hombre, se ha logrado más controlar y someter a las masas no dispuestas culturalmente, que a prepararlas para una formación discursiva que les permita desarrollar y fortalecer su voluntad y convivir humanamente sin engaños,<sup>1</sup> nos preguntamos si tal estado de cosas corresponde a lo que significa para el ser humano sentirse, en realidad, un hablante-oyente más que comunicado intercomunicado. Y digo esto porque informar, a mi manera de ver, puede entenderse como no formar y, por qué no, deformar, pues el cúmulo de datos, noticias y mensajes que continuamente se reciben no permiten una normal humanización; a su vez, comunicar puede tener simplemente el sentido de un intercambio de emisiones en lo cual lo que importa es sólo el contenido del mensaje, sin atender a lo que de veras es un encuentro de interacción social, cuya estructura debe organizar y propiciar la comunicación acerca del comunicar,<sup>2</sup> con el fin de saber que, a menudo, lo que en verdad intercomunica no es tanto lo que se dice cuanto la manera de decirse, lo que de acuerdo con Jürgen Habermas puede entenderse como comprensión recíproca, acuerdo no impuesto, interactividad racionalmente fundamentada en convicciones comunes, cuyos interac-

tuantes buscan entenderse por medio del lenguaje, no solo por el significado de una expresión gramatical, sino como la aceptación mutua de verdad, corrección y veracidad de lo que se dice sobre el mundo, aceptación que permite compartir el conocimiento alrededor del algo, acatar y justificar unas normas e intercambiar sinceramente intenciones.

Y si insistimos en la pregunta al rededor de la verdadera intercomunicación, no podemos decir que sea tarea fácil responderla; sin embargo, intentaremos aunque de manera breve plantear y analizar algunos problemas que nos pueden ayudar luego a aclarar ciertas dudas, a suscitar nuevas preocupaciones y a comprender la importancia de la función por excelencia del lenguaje, la interacción comunicativa, función exclusiva del ser humano, quien viviendo en el mundo, partiendo de y volviendo a él, puede situarse en y con, lo cual demanda hacer referencia a la relación hombre-mundo y, por lo mismo, a la representación de tales expresiones.

Mucho se ha preguntado sobre QUIÉN ES EL HOMBRE, pregunta que surge cuando éste se da cuenta de que puede pensar al rededor de lo que ya han dicho sus antecesores; cuando su convivencia mítica con el mundo es suplantada por una relación racional nacida no solo del asombro frente al cosmos, sino frente a sí mismo y frente al

<sup>1</sup> Jürgen Habermas. *Teoría y Praxis*. Madrid: Tecnos, 1987, p.p 15-16

<sup>2</sup> Mauro Wolf. *La sociología de la Vida Cotidiana*. Madrid: Cátedra, 1982; p. 50.



otro; y aunque las respuestas dadas han sido y siguen siendo muchas; pero aquí aludiremos sólo a algunas de ellas, que consideramos pueden ayudarnos en la comprensión y desarrollo de este trabajo.

El hombre ha sido mirado como un animal que razona, que convive entre signos con los cuales puede expresar su interioridad, recibir al otro y representar el mundo, esto es, relacionarse con el "mundo", actuar consigo mismo e interactuar comunicativamente con sus semejantes, si es consciente de que con palabras informa, deforma y performa; promete, jura y juega; ruega, valora y discute, ama con ternura y ora con devoción; pero también con palabras somete, engaña, simula y odia con crueldad, maraña de aplicaciones que podemos encontrar en el discurso de Alcibiades con el cual Platón termina su diálogo *El Banquete*,<sup>3</sup> en el cual el recién llegado hace un encomio a la palabra socrática con la que el Maestro puede hacer lo que a bien tenga.<sup>4</sup> Tal estado de cosas permite afirmar que el hombre es un ser dotado de lenguaje, capaz de hablar y de escuchar; de integrarse o separarse; de

adquirir, producir, proyectar y conservar conocimiento, todo esto gracias a su razón parlante, con cuya lengua puede vivir en comunidad y con su habla diferenciar su individualidad, pues "la disposición de sujetos dotados de lenguaje y capaces de actuar, que los faculta para adquirir y utilizar su saber, no es otra cosa que la racionalidad", racionalidad que permite afirmar que el sujeto humano es un ser potencialmente rico que piensa, habla, actúa, se comunica e intercomunica, dado que como ser social que es necesita interactuar lingüísticamente, de ahí el valor de la palabra, sin la cual no hay intercomunicación, sin comunicación no hay comunidad y sin comunidad el hombre no es humano; por ello la palabra no puede ser considerada como un elemento social marginal, no pertinente o ya del todo claro conceptualmente, sino como un factor que fundamenta la forma social<sup>5</sup> y, por lo mismo, la cultura, por cuanto que sólo la sociedad hace posible la cultura, solo la sociedad hace al hombre hombre y, como tal, ser histórico; todo lo cual encierra el concepto de humanización que no es otra cosa que la formación de la persona humana, cuyo crecimiento, aunque demanda estar en el mundo, sólo depende de ella, quien como actor social debe actualizar sus potencialidades a lo largo de su existencia, si en verdad quiere humanizarse a sí misma y consigo misma humanizar a sus semejantes. Y creo que no es

<sup>3</sup> Banquete de discursos aprovechado por un intruso ebrio, quien presa de un farrago de sentimientos, hace pública su declaración de enamorado de Sócrates, que de devoto amante como era el deseo de su enamorado, se le ha convertido en el más cruel, pero ideal de los amados.

<sup>4</sup> Ibid. 215 a-222c.

<sup>5</sup> M. Wolf. Op. Cit. p. 24

inoportuno pensar en el hombre como el artesano que fabrica instrumentos, mediante los cuales, si bien actúa sobre la naturaleza con el fin de trasformarla y usufructuarla, a menudo los utiliza para dominar a su contendor o para volverse un instrumento más y, sin darse cuenta, ser subyugado por él.

La representación de mundo es, quizás más variada y compleja que la del hombre, me atrevería a decir. Fue precisamente el mundo lo primero que asombró y ante lo cual se desconcertó el homo sapiens, sea que fuera mirado como mito lo inmediatamente sentido, o como un enigma fundamento del pensamiento racional y, al mismo tiempo de la cultura, dado que con palabras de Gadamer, no hay cultura sin pensamiento mítico.<sup>6</sup>

Cada época, cada doctrina, cada pensador, cada hombre, tiene su concepción sobre el mundo y, si bien es cierto que hay "un mundo" para cada individuo, un mundo para las personas, también tenemos que afirmar que todos estamos en el mundo. El mundo, repito, puede ser concebido de muy diversas formas, de acuerdo con la historia, la geografía, la filosofía; la ciencia moderna tiene que vérselas con los hechos, afrontados, por supuesto, a las acciones del espíritu; la tecnología con su apli-

cación práctica. Como el horizonte particular relacionado con un grupo de fenómenos o con un tipo de saber determinado lo ha interpretado el mundo contemporáneo que habla del mundo de la ciencia, del arte, de las matemáticas, de la técnica, de la política, del lenguaje; y, por qué no hablar aquí del "mundo de la vida" como llama Husserl, al mundo que no es otro que el sentido, el intuido, el experimentado o experimentable por el sujeto humano y del cual, aunque no seamos conscientes, parte todo lo que de una u otra manera tiene que ver con el vivir existencial y, por tanto, es entendido como la experiencia originaria que precede a toda categoría científica y filosófica;<sup>7</sup> mundo donde tiene que vivirse la experiencia del lenguaje, experiencia tan involucrada con nuestra propia mismidad, que no es fácil objetivarla y, por lo mismo, comprenderla, dificultad que nos lleva a no darnos cuenta de los muchos juegos que podemos jugar con el lenguaje. Conviene recordar aquí que para Max Scheler el animal propiamente no tiene "mundo" sino medio ambiente y que Francisco Romero afirma que el hombre, a diferencia del bruto, objetiviza su contorno y lo convierte en mundo.

Así, el mundo no sólo no se confunde con el "medio ambiente" sino que, como dice Aldous Huxley, al mundo social de la vida

<sup>6</sup> Hans-Georg Gadamer. *Mito y razón*. Barcelona: Paidós, 1993; p. 111.

<sup>7</sup> Husserl, Edmund. *La Crisis de las ciencias Europeas y la Fenomenología Trascendental*. Barcelona: Editorial Crítica, 1990; Cap. III.

se opone el universo amundano de los hechos<sup>8</sup> oposición que lleva al pensador inglés a hacer la distinción entre el universo de las ciencias naturales y el mundo de las "bellas letras" o mundo de la literatura que es:

*el mundo en el que los hombres son engendrados, en el que viven y en el que al fin mueren; el mundo en el que aman y en el que odian, en el que triunfan o se les humilla, en el que se desesperan o dan vueltas a sus esperanzas; el mundo de las penas y las alegrías, de la locura y del sentido común, de la estupidez, la hipocresía y la sabiduría; el mundo de toda suerte de presión social y de pulsión individual, de la discordia entre la pasión y la razón, del instinto y de las convenciones comunes y de los sentimientos y de las emociones para lo que no tenemos palabras<sup>9</sup>*

y que no es otro que el mundo humano del hombre en donde, gracias al lenguaje, interactúa comunicativamente, bien para, al ordenar su hacer y entenderse con sus asociados, humanizarse, bien para, al desaprovechar su vida, hacerse cada vez menos hombre.

Pues bien, sea cual fuere la designación o interpretación que al mundo se le dé, ello obedece en buena parte, al privilegio que

tiene el ser humano de asombrarse frente a lo desconocido; a ese deseo innato que siente por conocer y, en forma más particular, a la pretensión de querer comprenderse y comprender su papel en, con y frente al mundo, papel mediado por el lenguaje, que le demanda autenticidad con su mundo interior, tolerancia para con el mundo social y compromiso, responsabilidad y respeto para con el mundo natural, mundo pues tripartito y uno, en donde cuando un hablante emite un acto de habla normal establece una relación pragmática con algo que se da en el mundo objetivo, que en actitud cognitiva obtiene un saber científico-técnico, expresado mediante proposiciones verdaderas o falsas que aluden a las ciencias físico-naturales; o con algo referente al mundo social del que, con relaciones interpersonales, puede adquirir un saber práctico-moral, que en actitud normativa da a conocer por medio de expresiones performativas; o con algo que tiene que ver con sus propias vivencias a las cuales sólo él puede llegar para obtener un saber estético-expresivo, el cual de manera sincera, puede manifestar en público, mediante expresiones emotivas, con las cuales puede apuntar hacia el arte.<sup>10</sup> Esto quiere decir que lo que el hablante representa, a través del lenguaje, si no es sobre el lenguaje mismo, se refiere al mundo físico u obje-

<sup>8</sup> Aldous Huxley citado por J. Habermas en *Ciencia y Técnica como Ideología*, Madrid: Tecnos, 1989; p. 115.

<sup>9</sup> *Ibidem*.

<sup>10</sup> Habermas. *Teoría de la Acción Comunicativa II*. Madrid: Tauros, 1987; p. 171

tivo, al mundo social o normativo o a su propia intimidad, el mundo subjetivo. Pero de la misma manera que los diversos juegos del lenguaje no son puros, tampoco es puro el mensaje que representa un aspecto del mundo; su contenido se centra en uno, pero involucrado en los demás; ahora si dudamos de que esto sea así, pensemos por un momento en el valor múltiple de la palabra, con la cual el hablante mediante una expresión informativa puede, al mismo tiempo, controlar, imponer, convencer, normatizar o dramatizar en forma sincera, de mala fe o por ignorancia. Y anticipándonos un poco a lo que sobre juegos del lenguaje diremos más adelante, anotaremos aunque en forma breve, las funciones que corresponden a las relaciones aquí descritas y que no son otras que la metalingüística, la representativa, referencial, connotativa o cognoscitiva, la apelativa o conativa y la expresiva o emotiva.

Pero ¿cómo lograr que el hombre, siendo uno y ser social al mismo tiempo, estructure este mundo, de igual manera tripartito y uno, estos tres órdenes de saber para que sus expresiones no sólo sean inteligibles, sino al mismo tiempo verdaderas, correctas o adecuadas y veraces, de tal modo que alcance una vida humanamente digna y agradable, tanto para sí como para sus congéneres?

Esta pregunta surgida de la complejidad del mundo actual, demanda si no una respues-

ta, al menos sí la libre discusión alrededor de la relación entre "el poder y el saber técnicos y el saber y el poder prácticos", como dice Habermas, con el fin de poder aliviar un poco la situación a la que está sometido el hombre de fines de siglo, y no tener que imaginar con Huxley lo que dice del mundo de la ciencia,

*que no ha dejado ni rastro del derecho natural, ni del viejo prejuicio de justicia en que el inocente se sacrifica a la mayoría, en que se encuentran todas las comodidades materiales y ya no se siente la necesidad de confortación espiritual, porque con una sabia utilización de los reflejos condicionados, se han suprimido las que no ha dejado ni rastro del derecho natural ni del viejo prejuicio de justicia, en que el inocente se sacrifica a tendencias espirituales del hombre*<sup>11</sup>

sino buscarle una salida al problema, la cual puede estar por el lado de la formación del hombre, entendida como la capacidad que le permita, sin deshumanizarse, hacerle frente a la situación que le toca vivir. Es un hecho que la relación del hombre con el mundo sólo es posible a través del lenguaje, de allí que nos ocuparemos ahora un poco de lo que significa el lenguaje en y para la vida del hombre, pues como dice Marshall Berman, que aunque la palabra puede parecer disonante y discordante, poco adecuada, vil o vulgar, oponerse a ella no

<sup>11</sup> Aldous Huxley. *Introducción a Un Mundo Feliz*. Barcelona: Plaza y Janés. Círculo de Lectores, 1970; p. 9.

sólo es inútil, sino que es oponerse al impulso inviolable de la vida.<sup>12</sup>

No toda acción cumplida por la persona humana es lingüística; comer, correr, nadar, respirar, las realiza el hombre sin necesidad de lenguaje e, incluso, son acciones que comparte con otros vivientes. Pero, pensemos por un momento no en qué puede hacer el ser humano con la lengua, sino en qué puede hacer sin ella: quizás no pensar, no convivir, no compartir, no crear; y nos encontramos con un quehacer tan reducido, que casi nos atrevemos a afirmar que el hombre sin el lenguaje no es auténticamente hombre. Pero tampoco pretendemos decir que toda acción lingüística sea uniforme, depende, claro está, del momento, del aspecto del mundo al cual se dirige; de los motivos, los medios y los fines que la mueven; de allí que tantos y diferentes pensadores hayan discutido de tal modo sobre los usos, funciones o juegos lingüísticos, de lo que el hombre puede hacer con su lengua, juegos que según su aplicación le permiten a la persona humana vivir dignamente o abusar de su dignidad, pues no siempre que el hombre habla se comunica; en numerosas ocasiones el resultado es contrario, lo cual muy a menudo lleva a la incomprensión, al desacuerdo, a la desconfianza y, lo que es peor aún, a la imposición represiva o a la violencia.

Como los usos o funciones del lenguaje son muchos, trataremos de describir aquí algunos de ellos, sólo nombrados un poco más atrás. Después de Ferdinand de Saussure la semiología ha adquirido gran importancia y desarrollo al apuntar al proceso de la comunicación, o mejor, de la intercomunicación. Fueron los semiólogos, precisamente, quienes le dieron el nombre de emisor al hablante y de receptor al oyente; luego se llamó mensaje a lo emitido por el emisor y evocado por el receptor, trilogía que corresponde a las tres personas del coloquio y que Karl Bühler, aprovechó para hablar de tres funciones semánticas del signo lingüístico: a partir de un hablante como "yo", cuya expresión es un síntoma, del oyente como "tú", para quien lo que escucha es una señal y de la "realidad" como él, ella o la no persona, representada simbólicamente en el mensaje, representación simbólica que al aunarse con el síntoma y la señal constituye al eje de la comunicación. Esta trilogía del signo ha llevado a Bühler a hablar de tres funciones del lenguaje: la expresiva del hablante, la apelativa para el oyente y la representativa de aquello sobre lo que se habla, lo cual quiere decir que el lenguaje le sirve al hombre para expresar su ego, para ser llamado a y para representar el mundo como.

Roman Jakobson siguiendo el esquema anterior también parte del hablante, el oyente y la realidad y, así, habla de que por

<sup>12</sup> Marshall Berman, *Todo lo sólido se desvanece en el Aire*. Santafé de Bogotá: Kimpres, 1991; p. 161.

medio del lenguaje el hablante puede manifestar su actitud frente a lo que siente, uso que llama emotivo, como puede ser el de la interjección y las exclamaciones en general. Con relación al oyente propone una función conativa, con la cual es llamado o mandado y, por lo mismo, corresponde a los vocativos, los imperativos y las exhortaciones; la referencia a la realidad la llama función referencial, considerada desde siempre como la predominante y, en ciertos casos un poco a la ligera, como la única, pues se olvida que en ella están incorporados un tú y un yo; la función referencial es también connotativa, cognoscitiva o didáctica, cuya expresión más común es la proposición analizable en términos de sujeto y predicado y su empleo por el quehacer de la ciencia natural, ha conducido a considerarla como la más apropiada para la trasmisión del conocimiento. Pero dado que para este pensador la gama de usos del lenguaje es mucho mayor: propone otras tres acciones que el hombre puede hacer con su lengua, a partir de que el evento comunicativo, además de los elementos nombrados, demanda un código del cual nos ocupamos, de manera inconsciente y muy a menudo, cuando de definir o aclarar expresiones se trata o de estudiar problemas de lenguaje; tarea que corresponde al uso metalingüístico; nos habla también de la función fática, descubierta por el antropólogo inglés Bronislaw Malinowski, la cual corresponde al medio o canal que, sin pretender in-

formar, hace posible entablar y mantener la comunicación. Por último, se ocupa Jakobson del hacer poético, que el hombre realiza con el lenguaje, hacer que no hay que reducir a poesía ni a análisis literario, y por el cual siente verdadera preocupación. La función poética permite poner al servicio del mensaje todos los recursos de la lengua, dentro de los cuales juega un papel decisivo la entonación. La concepción jakobsiana de las funciones del lenguaje, sin embargo, no hay que entenderla como si cada función se aislara de las demás, al contrario, "cada uno de los seis elementos determina una función diferente del lenguaje. Y aunque distinguimos seis de sus aspectos básicos apenas podríamos encontrar mensajes verbales que realicen un contenido único".<sup>13</sup> La función expresiva permite acercarnos al estado de ánimo del hablante, estado que por lo general es reflejado en cualesquiera de los usos que el hombre haga de su lengua; la metalingüística, del empleo y conocimiento del lenguaje, empleo y conocimiento incuestionables, tanto en el hacer cotidiano como en todo trabajo serio, con independencia del tema del cual se ocupe. La poesía épica está íntimamente relacionada con la función referencial y la lírica con la emotiva. Por ello podemos afirmar que todo acto de habla no es más que una combina-

<sup>13</sup> Roman Jakobson, *Lingüística y poética*. Madrid: Cátedra, 1981; p. 33.

ción de funciones dentro de las cuales destacamos una, de acuerdo con las circunstancias en las cuales se emplee, pero acompañada con algunas de las demás.

A las funciones aquí descritas agregaremos, sólo de paso, la performativa o realizativa, la cual se da cuando al decir algo se hace algo, como cuando al emitir la expresión "prometo venir mañana" no solo se dice algo sino que al decirlo se realiza de verdad una promesa. Esta función ha sido amplia y profundamente estudiada en los últimos años, cuando el análisis se ha centrado en su aspecto pragmático, aspecto que en ciertos casos se ha olvidado de la competencia, para centrar su atención en la actuación. Y, aunque únicamente de nombre, aludiremos al juego lingüístico hermenéutico, tan importante en el quehacer académico e investigativo, y digo sólo de nombre, porque es tan amplio y complejo su análisis, que da pie para ser tratado no en uno sino en varios trabajos de esta índole.

Con lo hasta aquí expuesto, de manera alguna pretendemos terminar con el tema, pues como ya se ha anotado, es tanto lo que sobre el lenguaje y sus usos se ha dicho, que somos conscientes de que no es fácil, ni es nuestro propósito agotarlo. De otra parte mi preocupación hoy es otra nacida del hecho de que por influencia del estructuralismo, quizás de F. de Saussure, para quien la lengua es un sistema de signos impuesto, ante el cual el hablante es

un ser pasivo, a quien sólo le importa la estructura y función sintáctica de la proposición, nos hemos centrado en el aspecto teórico del fenómeno lingüístico portador de significación, sin pensar en qué de cierto hay entre lo que se dice y la experiencia vivida por quien lo dice, ni reflexionar sobre el hecho de que lo teórico es un campo ocupado por unos pocos, en tanto que su aplicación se extiende hacia el "mundo de la vida" de todos los seres humanos, situación que me ha llevado a proponer que no miremos más al hombre desde el lenguaje, sino el lenguaje desde el hombre; el lenguaje no como un instrumento más que simplemente le sirve al hombre para, sino como un medio de creatividad y transformación que le permite relacionarse interpersonal e interactivamente con el otro; y dar la razón del título que se le ha puesto a este trabajo: LO QUE EL HOMBRE PUEDE HACER CON EL LENGUAJE: DESDE LA TEORÍA HACIA LA VIDA, posición a la que he llegado, por supuesto, gracias a mi quehacer docente, a juiciosas lecturas sobre acción comunicativa e interacción personal, a la atención prestada al uso cotidiano del lenguaje, todo a partir de mi preocupación, desde siempre, por los problemas de lenguaje.

Iniciemos, entonces, esta parte con el análisis de lo que, en términos generales, se entiende por acción teleológica, la cual de acuerdo con la significación del término,

es la acción que busca fines y, por lo mismo, demanda ciertas condiciones y los medios que hagan posible lograrlos. De acuerdo con Talcott Parson, a quien cita Habermas, por fin hay que entender la meta deseada, algo que ha de darse en el futuro; por medios, los elementos de la situación que están al alcance del actor y por condiciones, los que escapan a su control.<sup>14</sup> Si teleológica es la acción que busca fines, me parece que toda acción humana consciente es teleológica, puesto que el hombre —creo— siempre busca algo con lo que hace y, como lo obvio es que quiera lograr lo deseado, agota lo que a su mano esté para alcanzarlo, con tal empeño que en muchas ocasiones, infortunadamente, no piensa en las consecuencias que para sí o para el otro pueda traer su acción. Recordemos la objeción de Platón a una de las tantas definiciones que sobre virtud pueden darse, "el deseo de las cosas bellas y el poder lograrlas", objeción que precisamente sustenta el filósofo en que todo ser humano por naturaleza desea y busca lo bello, pero el poder no siempre está a su alcance. Ahora preguntémosnos ¿qué significa lo bello para cada hombre y por qué se desea, a menudo, lo inalcanzable? ¿Será cierto que el hombre sólo debe hacer lo que solo el hombre puede hacer o, por el contrario, será acaso la búsqueda de lo inalcanzable lo que mueve su existencia,

dado que como se ha dicho "donde no hay ideales, tal vez utopías, no hay vida humana"?

De hecho, el hombre siempre actúa para obtener lo deseado; si lo que busca no sólo lo beneficia a sí mismo, sino que beneficia también a la comunidad y al mundo físico, y los medios empleados son los adecuados, decimos que su acción es comprensible, sincera, correcta y verdadera; comprensión, sinceridad, corrección y verdad únicamente dadas en un ideal interactuar comunicativo, de tal forma que pueda no sólo hacer entender el sentido de lo que dice y como lo dice, sino compartir mutuamente con los participantes sus deseos e intenciones de manera sincera, para que haya conformidad entre todos sobre la rectitud o justificación de la acción que permita compartir el conocimiento de algo que en verdad sucede en el mundo. Y digo ideal en el sentido de que debería ser la meta, por excelencia, buscada en toda acción, por sencilla e intrascendente que sea, aquí de toda acción lingüística, si partimos del hecho de que la convivencia humana no puede darse sin lenguaje.

Pero no podemos ser ajenos a que el hombre-individuo por naturaleza es egoísta, con mucha frecuencia plantea sus acciones buscando fines que no son más que "un engranaje de cálculos egocéntricos", no importándole qué medios y cómo utilizarlos para

<sup>14</sup>Citado en *Teoría de la Acción comunicativa II*, p. 291.

lograr lo deseado, ni deteniéndose a pensar en el perjuicio mediato o inmediato que con su acción pueda causar, ni en la enajenación de su yo. ¿Aceptaremos, quizás, que "nos hemos liberado de mucho dioses, pero que el individuo mismo sigue siendo obstinadamente una divinidad de considerable importancia"<sup>15</sup> y que la sociabilidad no es más que una necesidad de protección a la cual acude el hombre y se une en aparente convivencia?

Aunque no podemos negar que el comportamiento del individuo como tal sea, en ocasiones, no sólo sensato sino necesario y oportuno, la situación del ente humano hoy que lo ha obligado a posar dentro de un sistema político-económico, nos ha inducido a considerar la acción individual como un hacer viciado, no veraz, incorrecto o falso, manifestado a menudo, por medio de mandatos imperativos logrados o eficaces, fallidos o ineficaces, que corresponde al deseo inmediato del sujeto de acomodar el mundo a sus aspiraciones, eficacia que por su afán ha llevado, con frecuencia, a desconocer o por lo menos a no tener en cuenta la eficiencia en el quehacer humano, cuyos efectos se han manifestado, sin lugar a dudas, en el tecnicismo del hombre contemporáneo, circunstancia que ha provocado —me parece— que el fin

de la acción teleológica, estratégica o instrumental sea mirado a partir de que la eficacia está en el logro del éxito centrado, por lo general, en la obtención de dinero y poder, y que tales logros pueden ser validados por un tercero, quien conector del proceso está en capacidad de determinar, si los fines buscados fueron logrados o fueron fallidos y, de inmediato tratar como sea, de remediar las fallas. No olvidemos que para "el homo faber —como dice Hannah Arendt— el instrumento es un medio para conseguir un fin prescrito", y que el fin, por lo general es particular. Para Francisco Romero, "el individuo como entidad psico-física no obedece sino a su modo de ser espontáneo, a su 'naturalidad', a sus conveniencias, a sus gustos e intereses y a las coerciones externas que lo encauzan o reprimen".

Y si de tecnicismo se trata, para comprender mejor acciones que más cerca están de él, vale la pena aclarar y distinguir el doble sentido que para Habermas tiene el término "técnica", con el cual hace referencia a reglas técnicas, es decir, reglas racionalmente elegidas para el logro de los fines propuestos y que son la base de la acción estratégica; y medios técnicos que aluden a todos los instrumentos: máquinas, autómatas, aparatos y demás, que con un ahorro de trabajo permiten un eficaz alcance de los fines, base de la acción instrumental.<sup>16</sup>

<sup>15</sup> Goffman: Citado por Wolf. Op. Cit. p. 99.

<sup>16</sup> Habermas: *Teoría y Praxis*, p. 315.

Antes de ocuparnos de lo que vamos a presentar como acción estratégica, haremos referencia a los términos estrategia y estrategia. Estos vocablos vienen del griego *strategós*, descompuesto en *stratós* ejército y *agós* de dirigir, lo cual quiere decir que estrategia es el arte de conducir un ejército, sentido que nos permite comprender que tales términos tienen una connotación bélica: de contienda, de choque, de competencia; pero además como el término *strategós* puede significar pueblo y dirigir tiene el sentido de educar, estrategia no solo es el general que sabe dirigir un ejército, sino el maestro que sabe cómo educar al pueblo, mirados ambos como personas competentes que conocen la manera de aplicar dicho arte. Así entonces, si de competencia se trata, quien compite debe ser una persona con un gran sentido de intuición que le permita prever los hechos y generar la situación requerida; conocedora, no sólo del problema global, de cada una de sus partes y de su punto crítico, sea éste fuerte o débil; sino también del contendor que, implícita o explícitamente, tiene al frente y con quien ha de entenderse sobre algo que ya ha sido detectado, pues sólo el entendimiento mutuo impulsa a los contendores para el encuentro de soluciones creativas afortunadas. Lo anterior demanda pensar que sólo el conocimiento a fondo de la situación del problema hace posible su clara y correcta formulación, su análisis y la comprensión de que el caso

no es de suerte, sino tarea de actitud, capacidad y método, cualidades que puestas al servicio de la comunidad han de traer beneficios para todos; de ahí que "la verdadera perspectiva estratégica se basa en la completa interdependencia de los resultados, en el recíproco conocimiento de este hecho y en la capacidad de utilizar tal conocimiento en el desarrollo de la interacción",<sup>17</sup> Así pues, cuando varias personas hacen frente a una situación, cualquiera que ella sea, si bien es cierto que van a competir, tal competencia ha de pretender estar sustentada por una auténtica intercomunicación, de tal manera que antes de tomar cualquier decisión, convenida o no, deben los competidores darse cuenta de que si tal decisión está de acuerdo con las condiciones del mundo, puede ser expresada mediante emisiones que de manera correcta y sincera enuncien hechos verdaderos; pero si por el contrario, lo pretendido es que el mundo se acomode a deseos e intenciones particulares sustentados en el éxito, no puede hablarse de verdad sino de eficacia, como generalmente sucede con lo que llamamos acción lingüística estratégica.

En la acción lingüística estratégica, tal como la vemos aquí, las condiciones de "interacción", obviamente, presumen "dos o tres actores que vienen a encontrarse en una situación de colisión recíproca en la que cada parte cumple una jugada, y cada

<sup>17</sup> Citado por M. Wolf en Op. Cit. p. 59

jugada tiene consecuencias decisivas para todos los actores y es acogida a la luz de lo que cada uno imagina que el otro imagina a su vez".<sup>18</sup> Estas palabras –creo– nos dan a entender de manera clara lo que por tal acción, más que interacción, debemos entender; en ella cada actor calcula para su conveniencia el fin concreto, y los términos que expresan ayuda mutua son sólo palabras, puesto que por lo dicho "su cooperación se ajusta al cálculo egocéntrico de utilidades"; es la acción en la cual lo que más importa no es tanto los medios o instrumentos de que dispone el agente para tener éxito en su hacer, cuanto la toma de decisiones, la aplicación de reglas estratégicas requeridas para que el logro sea eficaz. Es necesario, entonces, partir de "una serie de reglas técnicas, de unos propósitos imperativos condicionados, de un aprendizaje de cualificaciones y de un lenguaje adecuado", dado que en este caso, más que entendimiento lo que hay es competencia para ganar o para perder, tal como sucede en un juego, que como en el ajedrez, hay unos jugadores que compiten, unas reglas de juego que se tienen que respetar, un objetivo o finalidad, que no es otro que el de ganarle al contrincante y unas estrategias resumidas en la máxima: "Elige la estrategia que en el marco de las reglas de juego y en vista de los oponentes prometa el resultado más favorable".<sup>19</sup>

<sup>18</sup> Ibid

<sup>19</sup> Habermas. *Teoría I*. p. 127.

No debe extrañarnos, entonces, el hecho de que la acción estratégica, juegue papel tan importante en los actuales momentos y que esté tan involucrada no sólo en el mundo de la Economía sino también en el de la política, pues los fines buscados en tales campos, por lo general, apuntan al logro de prestigio, honores, poder y dinero, de la vida buena entendida en términos de rentabilidad, sin que el beneficiado, en ocasiones, se dé cuenta de que lo que tanto desea y considera portador de su felicidad, es lo mismo que puede llevarlo al desastre. En la vida social cotidiana la acción estratégica es frecuente, dado que como anota E. Goffman "la lógica de las luchas y de los duelos es una característica importante de la vida social",<sup>20</sup> circunstancia a menudo aprovechada por personas un poco sagaces que abusan de ella y en forma sutil hacen del o con el otro lo que para su conveniencia sea más favorable; basta pensar en los actos de habla perlocucionarios, cuando la verdadera intención del hablante no es manifiesta; es decir, cuando el locutor busca de manera disimulada provocar en el interlocutor un estado especial: intimidación, amenaza, convencimiento, despiste; o cuando por medio de un lenguaje, en apariencia amistoso, se simula advertir al otro sobre un peligro, siendo que en el fondo lo que se busca es inquietarlo, confundirlo, para que su trabajo no sea eficiente. Así mismo, la guerra psicológica

<sup>20</sup> E. Goffman en Op. Cit. p. 87.

no es más que el empleo del uso estratégico de la palabra, estrategia de efectos social e individualmente demoledores; y ¿acaso no es la propaganda un abuso del lenguaje estratégico de y para la sociedad de consumo?. Aquí podemos ubicar el lenguaje imperativo, el cual implícita o explícitamente denota poder, bien sea que vaya o no acompañado de amenaza o sanción manifiesta; es ésta una forma de expresión que intimida, atemoriza, amedrenta, confunde y se caracteriza por la posición de un yo no frente a un tú como otro yo, sino a un ello, como la no persona.

La Acción Instrumental está muy cerca de la anterior y como su nombre lo indica corresponde, a mi manera de ver, a que, valiéndonos de palabras, hacemos del interlocutor un medio, un "instrumento" para lograr el éxito de lo propuesto. Aquí la palabra, como ya se ha dicho, más que lengua es un medio técnico del cual nos valemos para convertir al opositor en una herramienta más de producción a bajo costo, si pensamos que "la técnica es toda regla o todo sistema de reglas que permita la reproducción fiable de una acción, ya sea ésta planificada o producto de la costumbre; que la haga predecible por los participantes en la interacción y previsible y calculable desde la perspectiva del observador";<sup>21</sup> para lo cual se requiere el aprendizaje de habilidades y el cálculo de pronós-

tics condicionados que hagan posible alcanzar eficazmente los resultados materiales aliviar físicamente el trabajo humano, permitir, aunque no para todos, una existencia más confortable, salvar muchas vidas, disminuir las grandes distancias en el espacio y en el tiempo y, hasta hacer posible el traslado a otros planetas, no se puede desconocer que por su abuso el agente humano ha dejado de ser fin en sí mismo para convertirse en un medio más, en un aparato de producción, cuyos logros a menudo, no benefician ni siquiera a quien los busca, por el contrario, pueden traer funestas consecuencias traducidas en droga, alcohol, suicidio; consecuencias de las que a diario nos informamos. Sobre la técnica dice A. Arendt que:

*La discusión del problema global de la tecnología, es decir, de la transformación de la vida y del mundo mediante la introducción de la máquina, se ha descarriado extralíneamente al concentrarse de modo exclusivo al servicio o no servicio que las máquinas prestan al hombre. Se da por supuesto que todo útil e instrumento se diseña fundamentalmente para hacer más fácil la vida humana y menos penosa la labor del hombre. Su instrumentalidad se entiende de modo exclusivo con este sentido antropocéntrico. Pero la instrumentalidad de útiles e instrumentos está mucho más estrechamente relacionada con el objeto que se plantea producir, y su puro "valor humano" queda restringido al uso que hace de ellos el animal laborans<sup>22</sup>*

<sup>21</sup> J. Habermas. Teoría I. p. 229.

<sup>22</sup> H. Arendt. *La Condición humana*. Barcelona: Paidós, 1993; p.p. 169-170.

para que el hombre se dé cuenta de la necesidad que tiene de prepararse, de formarse, para asumir la dirección de la máquina, de los medios de comunicación, de todos los instrumentos que a su mano lleguen; de tomar conciencia de su condición humana para que no esté dominado por la máquina, sino que ésta esté a su servicio, dado que todas las cosas del mundo que nos rodean deben ser construidas y manejadas como medios por el hombre para aprovecharse de su utilidad y, como el lenguaje es un medio más, no debe permitir que se convierta en un instrumento que lo esclavice, al contrario debe ser su amo, no para dominar al otro sino de tal modo que su uso lo humanice tanto a él como a su interlocutor u opositor.

La actividad regulada por normas es otra de las muchas acciones que ha de realizar el hombre. Es la acción que sitúa al individuo no sólo como tal frente al mundo físico, sino como persona en la esfera social, esfera que requiere unos miembros que integran una comunidad, unas normas que incorporan valores éticos y un quehacer lingüístico intercomunicativo. Los integrantes de la comunidad son los actores que, dispuestos a la intercomunicación, validan y aplican las normas; las normas ordenan la vida en comunidad, de tal forma que mediante la acción intersubjetiva, regulan su deber ser para que cada uno se haga accesible al otro y todos compartan entre sí los valores de su "mundo socio-

cultural de la vida"; el lenguaje intercomunicativo hace posible compartir un deber teórico, validar las normas y provocar la interacción de los asociados; así que la acción regulada por normas demanda una comunidad de lenguaje, un lenguaje normativo y una tradición cultural de valores intersubjetivamente compartidos, demandas que condicionan el comportamiento del individuo, pero no determinan la conducta de las personas, de modo que los motivos que mueven a la acción, únicamente pueden ser considerados "práctico-morales, en la medida en que no son motivos individuales privados, sino que representan necesidades públicamente interpretadas. Lo que un determinado individuo quiere, o desea o siente depende lógicamente de la interpretación de la necesidad subyacente que en la correspondiente comunidad de lenguaje se considera intersubjetivamente válida,<sup>23</sup> sentida por los miembros de la comunidad, quienes al convivir, compartir, interactuar y reconocer recíprocamente sus exigencias como seres sociales su simple co-presencia física individual se transforma en un quehacer social;<sup>24</sup> dado que el individuo, para satisfacer sus intereses egofistas acepta o viola la norma sin problema, la persona, por el contrario, espera que como ella, todos los asociados tengan un conocimiento práctico de su quehacer,

<sup>23</sup> J. Habermas. *Teoría y complementos*, p.p. 274-276.

<sup>24</sup> M. Wolf. *Op. Cit.* p. 84.

conocimiento que los capacita para valorar las normas y, por convenio, acatarlas y aplicarlas. Recordemos aquí que para Francisco Romero la aspiración al valor no es otra cosa que la aspiración del individuo a ser persona, aseveración que nos permite confirmar que el valorar es conatural al hombre, quien no sólo valora a cada momento lo que ante sí se presenta, sino que en todo instante de su vida anhela valores, los cuales han de ser válidos, tanto para quien los anhela como para el legislador que los propone y la comunidad que los acata. El legislador, como hacedor social de la norma, debe saber prever si su validez ha de merecer el asentimiento por parte de la comunidad o, simplemente, el reconocimiento de los afectados, dualidad que permite hablar de una validez ideal o fáctica: ideal "si merece el asentimiento de la comunidad afectada, porque regula los problemas de acción en beneficio de todos; fáctica en cambio si la pretensión de validez con que se presenta es reconocida por los afectados, reconocimiento intersubjetivo que fundamenta la validez social de la norma";<sup>25</sup> lo cual hace pensar que si se habla de normas universales habría que decir que por su naturaleza deben ser merecedoras de asentimiento universal, con independencia de las creencias religiosas, políticas, filosóficas, personales; pero como la mayoría de las normas orde-

nan una comunidad particular, lo que es ideal para un grupo puede ser fáctico para otro o al contrario y, así mismo, el valor moral de una acción varía de unos pueblos a otros, variación que puede propiciar un relativismo moral del que se valga el individuo o el grupo para actuar como a bien tenga.

Si en la acción teleológica el individuo actúa cognitivamente, hace frente a las condiciones y agota los medios que le han de permitir lograr la meta buscada en la objetivación del mundo físico y, sea que desde los hechos llegue a conocimientos verdaderos o falsos, sea que de acuerdo con sus deseos e intenciones acomode los hechos y logre o falle en el alcance del éxito deseado, la validez de su acción la expresa por medio de proposiciones con las cuales explica o informa los resultados. En la acción regulada por normas la persona actúa normativamente y frente a los medios y condiciones coloca los valores, los cuales le permiten validar la acción, ya no como verdadera o lograda, sino como correcta o adecuada: correcta, cuando los integrantes del grupo acatan las reglas impuestas que los regulan; adecuada si al juzgar los actos de las personas solidarizadas se encuentra que la norma, mirada desde la acción, encarna un valor justo, porque se adecua a las necesidades del grupo.; la validez de este actuar tiene que tener en cuenta que "al decir prometo, se hace una promesa" lo cual significa que hay que expresarla mediante emisiones performativas.

<sup>25</sup> J. Habermas, *Teoría I*, p. 128.

Para que una acción pueda ser juzgada como correcta o adecuada y su validez como ideal o fáctica, se requiere motivación, conocimiento y aprendizaje: motivación que haga posible reemplazar la imposición violenta por la aprobación prudente; conocimiento que permita su comprensión e interpretación y aprendizaje, por parte de los asociados, que faculte su interiorización, concientización y aplicación, pues sin tales exigencias no es posible que la función vinculante de la norma satisfaga las necesidades convivenciales de la comunidad. "Esto significa que los miembros del grupo para los que rige una norma tienen derecho a esperar unos de otros que en situaciones comparables todos orienten su acción por los mismos valores".<sup>26</sup>

Me parece conveniente recordar aquí, la forma como estructura y construye un niño su mundo social-cognitivo-moral-lingüístico, estructura y construcción inconscientes y progresivas, que no pueden darse si no se desarrollan dentro de una comunidad lingüística, en donde sus miembros interactúan normativamente, interacción que obedece a una competencia, esto es, a un saber intuitivo inconsciente que auna lo social, lo cognitivo, lo moral y lo lingüístico, en una unidad que le permite al niño adquirir su también competencia cognitivo-moral-lingüístico-comunicativa, válida para

su mundo cultural infantil, la cual poco a poco va madurando a la par con su desarrollo biológico-psíquico-espiritual-social, tendiente hacia una verdadera, correcta y sincera intercomunicación.

Nos ocuparemos ahora de la Acción Dramatúrgica, entendida como la acción representada de un suceso, que como afín al término "dramático", significa autor o lenguaje capaz de representar acciones dramáticas, acciones que pueden afectar suave o terriblemente; interesar, motivar o suscitar inquietudes a quien las percibe.

La Acción Dramatúrgica se ha entendido como acción teatral y éste es realmente su origen; pero en la forma como aquí se entiende, la actuación lingüística escénica no es otra cosa que una variación o adaptación de la dramaturgia en general, que realizamos los seres humanos en ciertas circunstancias buscando conseguir la meta o fin deseado. Es la manera como el individuo en situaciones de su actividad cotidiana, presenta su sí mismo y su acción ante los otros; la forma de guiar y controlar sus impresiones y lo que debe hacer para mantener su representación o imagen ante ellos.<sup>27</sup>

Si en la acción teleológica estratégica o instrumental la relación del individuo se da

<sup>26</sup> M. Wolf. *La Vida cotidiana como Representación*. En: Op. Cit. p.p. 94-99.

<sup>27</sup> J. Habermas. *Teoría y Complementos*, p. 275.

mediante la objetivación lingüística del mundo físico y en la acción regulada por normas dicha relación se establece con el mundo social de las personas, en la acción dramática el actor se comunica consigo mismo. Se trata de una autorrelación, obviamente subjetiva, que es dada a conocer implícita o explícitamente, total o parcialmente, mediante emisiones expresivas, cuyo estilo, expresión estética y demás cualidades formales, llegan a ser definitivas, porque de tales cualidades depende que el actor sea capaz de personificar una necesidad, de manera que el espectador la reconozca como verdadera necesidad. La acción dramática, cuyo medio de autoescenificación es el lenguaje, sólo tiene el sentido de mundo subjetivo, si es posible explicitarla con referencia a ciertos estados vivenciales, de modo similar a como se ha hecho con el mundo social referido a normas y al mundo físico u objetivo con relación a estados de cosas o hechos.<sup>28</sup>

La acción dramática, en apariencia, no es tan importante o, al menos, no se le ha prestado la atención demandada por las anteriores, quizás que por desconocimiento se cree que no tiene derechos exclusivos, o porque no nos hemos percatado de su presencia como es debido, desatención, que ha llevado a que, con frecuencia, se confunda con otros tipos de acción

que la apoyan, y explica por qué en la vida cotidiana es difícil, en ocasiones, distinguir el rasgo dramático del estratégico, del normativo, del simple comunicativo o del intercomunicativo, con los cuales no solo está estrechamente relacionado, sino que en determinados momentos se impone la necesidad de dramatizar cualquier acción. Situación que da pie para ser aprovechada para con un buen trabajo histriónico, simular otras acciones y poder conseguir lo deseado. ¿Cómo evaluar con justicia, por ejemplo, la actitud como dramática o no, de los afectados por sucesos calamitosos, en casos de enfermedad, pobreza, delincuencia; o la del empleado que adopta una actitud especial para impresionar a su jefe, buscando escalar nuevas posiciones, aun con detrimento de sus compañeros. O la del actor que en actitud normativa lleva a los espectadores a una reflexión de tipo ético?. O ¿cómo negar que en ocasiones la actuación dramática de alguien puede propiciar un verdadero entendimiento comunicativo, o que se crea que alguien al comportarse de determinada manera está simulando ser como se presenta, cuando en realidad su forma de actuar es sincera? Los ejemplos aquí y las confusiones que pueden presentarse serían muchos, si cada uno de nosotros piensa en su propia actuación y en la de las personas que nos rodean; ejemplos que pueden causarnos perplejidad cuando con ellos nos preguntamos si se trata de sólo aparentar frente al grupo, si el

<sup>28</sup> J. Habermas. *Teoría I*. p. 132.

actor pretendiendo ser de determinada manera así se comporta o si hay honestidad en su personificación, al tener en cuenta que es difícil encontrar en el quehacer humano acciones puras; creo y no temo equivocarme que un buen número de acciones realizadas por una persona en condiciones normales, algo tiene de dramático: pensemos por un momento si lo que cualquier individuo hace o deja de hacer: hablar o callar; aceptar o refutar, trabajar o no trabajar, es mirado simplemente como solo hablar o callar, aceptar o refutar, trabajar o no trabajar o, más bien, si en tal hacer o no hacer, encontramos, a menudo, ciertas características significativas asociadas con actuaciones reconocidas como dramáticas<sup>29</sup> o si más bien ¿se trata de oportunas estrategias? Todo esto lleva a preguntarnos ¿cómo es posible reconocer en una acción su rasgo dramático?; "¿Cuál es la relación entre los roles sociales desempeñados por los actores, y los actores mismos en su papel de interactores?".

Para tratar de abordar tales preguntas intentaremos hacer algunos planteamientos sobre la acción dramática, que puedan hacer posible, si no su estimación para admitirla o rechazarla de acuerdo con los rasgos que la distinguen, al menos sí acercarnos un poco a ella para que de ninguna manera sea ignorada.

<sup>29</sup> Secord Harré (1972) citado por J. Habermas en Op. Cit. p. 132

Como nuestro propósito es atender al quehacer del hombre por medio del lenguaje, lo dramático hay que entenderlo como la acción que demanda un actor frente a otros actores y un público, los cuales en el quehacer cotidiano se transforman en un hablante-oyente-actor que también es público, frente a otros que al mismo tiempo juegan el papel de público-oyentes sin dejar de ser actor-hablantes. Como actor el hablante sólo asume una actitud frente a su propia subjetividad, como público escucha y hace frente a las manifestaciones de su coactor, sin olvidar que su mundo individual egocéntrico está limitado por un mundo exterior que le impone ser determinado personaje y le hace olvidar su individualidad; mundo que puede ser el del otro o el de ambos, en donde existen unos componentes normativos con los cuales tiene que contar el actor. Esto significa que la tarea teatral hay que entenderla como un encuentro social, en el que los encontrados interactúan lingüísticamente como actores y público al mismo tiempo, interacción que sólo es posible si hay encuentro y actuación recíprocos.<sup>30</sup>

Como ésta es una acción que permite al actor presentarse ante sus espectadores de una especial manera y, respetuosa, moderada o necesariamente ingeniosa, simular y, por qué no, creer que pueden penetrar en su subjetividad, que por cierto es sólo

<sup>30</sup> Op. Cit. p. 131.

suya y de nadie más, es necesario hacer la distinción entre la actuación exigida por el mundo exterior y la actuación deliberada, egoísta y, tal vez, perjudicial, que con astucia sutil el actor, bajo una careta, consigue lo que se propone, en lo cual más que dramaturgia lo que hay es estrategia e instrumentalidad, que poco tiene que ver con la acción expresiva, pero que sólo podemos calificar de estratégica, instrumental o dramático-expresiva, si estamos en condiciones de hacer la distinción "entre quien representa y aquello que es representado, pues detrás de los variados papeles que se pueden personificar, está el individuo persona que los encarna y los puede representar".<sup>31</sup> Para E. Goffman, quien se ha interesado por estudiar la Acción Dramatúrgica, "es el umbral mínimo de sociabilidad el que se impone a los personajes, autentifica las representaciones y echa abajo a los individuos en cuanto actores que constituyen impresiones",<sup>32</sup> lo cual nos puede llevar: a pensar que en ciertos encuentros de tipo social el actor se ve obligado a actuar en contra de su voluntad, a preguntarnos, con cierta perplejidad ¿hasta dónde dicha actuación es en esencia dramatúrgica, si la imposición social ahoga por completo la espontaneidad de lo expresivo? y a tener cierta prudencia y mesura antes de validar esta actuación.

Pero si con Francisco Romero respondemos que el individuo "en cuanto buen ac-

tor anula sus propias reacciones individuales y deja hablar por su boca al personaje. Pero la persona no es sólo el papel impuesto al individuo, sino que es también el autor que crea el papel, el sujeto que libremente se elige una conducta coherente",<sup>33</sup> podemos suponer que es posible hablar de un punto intermedio entre una radical imposición social y la descarada deliberación individual, punto al cual se acerca la acción dramatúrgica que debe conjugar lo que el mundo social impone y lo que el mundo subjetivo decide; así que nos permita comprender que la teatralidad de tal acción no significa que las representaciones cotidianas se imiten, se repitan, se reciten "en el sentido de conocer un modelo precedente bien asimilado; pues el individuo que actúa e interactúa en esta escena, por muy muñeco que sea no ha perdido el sentido de lo que para él es su realidad social, aunque trabaje por mantener las impresiones y las imágenes deseadas".<sup>34</sup>

Pensemos, entonces por un momento, en que "Persona significa en latín el personaje representado por el actor, y también, por extensión, el papel o función que se desempeña en la vida. La voz griega de que deriva es de sentido más concreto: alude a la máscara que cubría el rostro del actor. En ambos casos se apunta a algo extraño y sobrepuesto a la individualidad del actor

<sup>31</sup> M. Wolf. Op. Cit. p. 61

<sup>32</sup> Citado por M. Wolf en Op. Cit. p. 66

<sup>33</sup> F. Romero. Op. Cit. p. 25.

<sup>34</sup> M. Wolf. Op. Cit. P. 98.

de carne y hueso; a algo que se sustituye a su efectivo modo de ser, constituyendo en él un modo de ser nuevo", a lo cual de manera muy acertada agrega Carlos Vossler que "el concepto de persona se refiere a dos cosas: a un papel que se representa, y al supuesto de que nosotros mismos debemos devenir ese papel que representamos; somos personas en cuanto, partiendo del papel y justamente por su realización llegamos a nosotros mismos".<sup>35</sup>

Las acciones hasta aquí descritas, gracias al fenómeno lingüístico, aparece cada una separada en un juego distinto y, por lo mismo, cada acción utiliza la lengua en forma unilateral: la acción teleológica, estratégica o instrumental se expresa mediante proposiciones verdaderas o falsas, logradas o fallidas; la acción regulada por normas, gracias a actos performativos, afortunados o desafortunados y la acción dramática a través de enunciados expresivos sinceros o no sinceros, de tal modo que la riqueza, variedad, complejidad y valor que para el hombre tiene la palabra como tal, en parte se pierde, pérdida que por fortuna se recupera a través del habla intercomunicativa, por medio de la cual el sujeto humano integra, genera y disfruta los múltiples juegos del lenguaje, si entendemos por intercomunicación la acción que busca el entendimiento entre un hablante-actor quien también escucha y emite una expres-

sión y otro oyente-coactor; así mismo hablante, que la escucha y la comprende, en forma tal que pueda decirse que, de acuerdo con la situación, hay una interacción recíproca, que sabrá integrar los juegos requeridos en favor tanto del que en ese momento tiene la palabra como de quien la escucha, entendimiento que como un deber ser no puede ser otro que al anotado al principio de este trabajo: de comprensión recíproca, acuerdo no impuesto, interacción racionalmente fundada, no sólo como comprensión del significado de una expresión gramatical, sino como aceptación mutua de verdad, corrección y veracidad de lo que se dice sobre el mundo, aceptación que permite compartir el conocimiento alrededor de algo, acatar o justificar unas normas e intercambiar sinceramente intenciones.

Quiero concluir este trabajo con una invitación al lector a que retornemos al puesto de donde partimos y nos preguntemos: Si el lenguaje es el mediador que hace posible toda intercomunicación y no sólo ocupa el espacio que nos separa, sino que nos acerca y, si así lo queremos, nos une, ¿no podríamos decir que la lengua de un Demonio, como nos lo dicen las palabras del epígrafe, Demonio como Diotima llama a eros, entendido como deseo o necesidad de... y no objeto o fin, que es como la Sacerdotisa define el amor?

<sup>35</sup> F. Romero, Op. Cit. p.p 18-19

